

IGNACIO
GÓMEZ DE LIAÑO

Recuperar
la democracia



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta	
Portadilla	
Prólogo	
En política es esencial aclarar las ideas y las palabras	
Aclaraciones sobre nacionalistas, nacional-socialistas y otras clases de políticos	
Aclaraciones sobre la Constitución	
Epílogo Conversación de Ignacio Gómez de Liaño con Ilia Galán	
Notas	
Créditos	

*Los hombres han nacido los unos para
los otros.
Educalos o aguántalos.*

Marco Aurelio

Prólogo

En este libro intento exponer, aclarar e ilustrar cuestiones principales sobre política española a fin de contribuir a su saneamiento y a la recuperación de la democracia, una forma de gobierno muy expuesta a involuciones totalitarias. Qué hacer para que la democracia conserve y refuerce los valores de la libertad, la igualdad, la solidaridad, la seguridad jurídica y todos aquellos sin los cuales no se puede decir que vivamos en la civilización, sino en la barbarie, ése es el tema del libro, una de las cuestiones más importantes de nuestro tiempo, y también una de las más complejas, por lo que presento, anticipadamente, excusas por mis posibles errores.

Esta preocupación política cobró especial fuerza a raíz de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, que precedieron y condicionaron las elecciones generales españolas que tuvieron lugar tres días después, al introducir, como quien dice, en cada colegio electoral la sombra de casi doscientas víctimas. Desde entonces, la situación se ha vuelto tan extraña, tan desquiciada incluso, que algunos de los representantes de las más altas instituciones han llegado a poner en tela de juicio la condición y pervivencia de España como nación y, con ello, la salvaguarda de valores fundamentales como la igualdad y la seguridad jurídicas, la libertad de expresión y otras libertades, el principio de solidaridad y el respeto al otro.

En otoño de 2007 el profesor Iliá Galán grabó algunas conversaciones que tuve con él y que giraban en torno a cuestiones políticas. Después de leer la transcripción que él

mismo realizara, me ha parecido oportuno poner al final de este volumen un extracto de la primera de esas conversaciones. He considerado que podía servir de complemento y remate a ese otro diálogo, más largo, más a fondo, y a solas conmigo mismo, en el que fueron adquiriendo forma las reflexiones que constituyen el cuerpo del libro y en las que he utilizado algunos datos aportados por el profesor Salvador Villena Rico. A ambos quiero expresarles aquí mi agradecimiento. No he organizado esas reflexiones con arreglo a ningún sistema ni he pretendido ser exhaustivo, y menos aún darles un barniz erudito. Ojalá conserven el perfume de la intensa conversación interior que las alumbró. Las terminé el 9 de marzo de 2008, mientras se celebraban en toda España elecciones generales.

10 de marzo de 2008

Recuperar la democracia

En política es esencial aclarar las ideas y las palabras

1. La distinción política principal no es para mí la de derechas o izquierdas, sino la de liberalismo o totalitarismo. Igual de malos me parecen los totalitarios de izquierdas que los de derechas, y creo que tan cómodo me puedo sentir con los liberales de izquierdas como con los de derechas. Como escritor que quiere expresarse sin cortapisas y como ciudadano que desea exponer sus opiniones libremente, tan mal me va con un gobierno de izquierdas del tipo de Stalin o Mao que con uno de derechas del tipo de Hitler o Mussolini, pues, con todas sus diferencias, sé que correré grave peligro si mis ideas molestan a los gobernantes. Para los dictadores totalitarios no hay mejores maestros que otros dictadores totalitarios, sean del signo que sean. Hitler tomó de Stalin los campos de concentración, y éste aprendió de aquél que el odio a los judíos podía servir para mantener unida a la sociedad al proporcionarle un «enemigo» a la vez interior y exterior, antiguo y nuevo.

No ignoro que mi forma transversal de tratar las cuestiones políticas incomodará a los esencialistas de la derecha y de la izquierda, pero eso no me sorprende, ya que, pese a que luzcan plumajes diferentes, son pájaros de la misma especie –el pacto de Hitler y Stalin es casi un apólogo de la convergencia a la que pueden llegar–, pero interesará a todas esas izquierdas y derechas que, por compartir ciertos valores fundamentales, no dudan en pactar entre ellas cuando tienen enfrente a derechas e izquierdas de signo totalitario.

2. ¿Qué nos revela que un gobierno tiene vocación totalitaria? El hecho de que trate de intervenir en todo: en la justicia, en la economía, en la comunicación, en la educación, en la cultura... Un signo que lo delata es esa forma típica con que justifica y disimula su apetito de poder, que consiste en decir que todo lo hace por tu bien y que desea prevenirte de todo mal. Un ejemplo de ese paternalismo podría ser un anuncio del Ministerio del Interior que lleva ya varios años en las emisoras de radio y dice así: «No podemos conducir por ti». Con esta frase el anunciante trata al conductor como si fuera un niño torpe e ignorante, que lo mejor que puede hacer es dejar que la Dirección General de Tráfico conduzca su automóvil. Pero seamos un poco racionales. ¿Quién se puede creer que ese monstruo funcional vaya a conducir mejor que yo *mi* coche? El paternalismo, incluso uno tan rancio como el que recoge esa frase, es uno de los camuflajes preferidos por los regímenes totalitarios. Cuando un gobierno alardea de ser amante de los pobres, de los perseguidos, de la humanidad, sobre todo si lo hace con un gran despliegue de medios, ¡cuidado!, podría ser un peligroso depredador.

3. Al tratar de explicar los cambios sociales se tiende a minusvalorar la influencia de las ideas. Sin embargo, un repaso de la historia europea de los últimos dos siglos demuestra que son el motor de la historia, y que bastan unas pocas ideas malas para producir grandes catástrofes. Semejantes a los virus informáticos que dañan el sistema operativo de un ordenador, las ideas falsas o incorrectas, cuando hacen referencia a valores e ideales, afectan a las actitudes y a la conducta, y, de ese modo, pueden llevar a las sociedades al precipicio. Que las ideas mueven el mundo queda demostrado por el enorme poder operativo que han tenido, o tienen todavía, el judaísmo, el cristianismo, el islamismo, el confucianismo, el liberalismo, el marxismo, el nacional-socialismo, el idealismo, el escepticismo y un largo

etcétera de «ismos» políticos y religiosos. Estos «ismos» no son simples visiones del mundo. Son máquinas que movilizan a millones de individuos.

4. Una idea correcta sobre un líder político puede bastar para evitar catástrofes. ¡Cómo habría cambiado la historia del mundo si los alemanes hubieran tenido en 1933 una idea correcta de Hitler! Y no se piense que era imposible. Matila Ghyka, intelectual rumano conocido por sus estudios sobre el pitagorismo, publicó en París en 1933 una novela titulada *Pluie d'étoiles [Lluvia de estrellas]*. Uno de los personajes, el profesor Moessel, dice de Hitler que es un «alucinado dinámico» que «ha conseguido alucinar a una buena parte de Alemania, empezando por la juventud», y lo compara con el flautista de Hamelin, que hechizó a todos los niños del pueblo y se los llevó no se sabe dónde. «Un buen día», añade, «los alemanes seguirán la flauta mágica de Hitler, y Dios sabe qué saldrá de ahí». Pero el profesor Moessel sabe lo que saldrá, pues unas páginas después afirma que «lo que saldrá será exactamente lo mismo que en 1914», o sea la derrota alemana. No creo que Matila Ghyka fuese el único que *supiese* adónde llevaba a los alemanes Hitler, pero no fueron suficientes los que, en 1933, tuvieron esa idea correcta que habría ahorrado al mundo millones de muertos.

5. El recuerdo de Hitler me hace pensar en Alemania, en el papel que ha jugado en la historia europea de este último siglo y medio. A decir verdad, no ha sido muy halagüeño, ni en los hechos ni en las ideas. En los hechos, ahí están la guerra contra Dinamarca para anexionarse el Holstein, la guerra contra Austria-Hungría para erigirse en nueva potencia imperial, la guerra contra Francia para inaugurar el Reich, la Gran Guerra europea de 1914 a 1918, y la guerra de 1939 a 1945, la mundial por antonomasia. Tras un obligado repliegue de cuarenta años, su acción exterior ha vuelto a

verse ensombrecida en los últimos veinte por el papel que ha jugado en la desmembración de Yugoslavia, Checoslovaquia y... lo que reste, dada la tendencia del partido de los Verdes y otras organizaciones a promocionar nacionalismos disgregadores –quizá con la idea del *divide et impera*, del culto nacional-socialista al *Volk*, o de ambas cosas–. Lo curioso es que de todas esas aventuras Alemania no ha sacado demasiadas ventajas. Los alemanes deberían fomentar esa otra faceta suya humanista, razonante, clarificadora y pacífica que ejemplifica muy bien Goethe y en cuya estela se encuentra Thomas Mann.

Si de los hechos pasamos a las ideas, las sombras también predominan sobre las luces, pues la «línea férrea» kantianofichteano-hegeliana ha llevado el pensamiento, y con él a millones de personas, a los dos grandes horrores de los siglos XIX y XX: el comunismo marxista-leninista y el nacional-socialismo hitleriano.

6. No se suele reconocer la trascendencia de los juicios de valor en la conducta, ni que las ideologías son, esencialmente, juicios de valor. Si no se reconoce esto se debe en buena medida a que la ideología marxista sostiene que la conducta y la conciencia están determinadas fundamentalmente, casi exclusivamente, por las «condiciones económicas». Esta tesis queda invalidada por dos hechos fácilmente observables. El primero es que unas mismas condiciones económicas pueden originar conductas y caracteres muy diferentes, como se observa entre los hermanos, y el segundo es que los que sostienen la tesis «economicista» no se privan de la propaganda para llevar a la gente en la dirección que desean. En la formación de la conciencia, del carácter y de la conducta, influyen, sin duda, las condiciones económicas, ambientales, biológicas, etc., pero también, y de forma determinante, los afectos y las ideas.

7. Detrás de una determinada acción puede haber una

necesidad orgánica, como cuando alguien busca alimento porque tiene hambre. Pero eso no quiere decir que si el que tiene hambre ataca a alguien haya sido movido por el hambre, pues muchas personas que tienen hambre no actúan así, y, al contrario, gente que no tiene hambre puede atacar y matar. No basta con diagnosticar un estado de necesidad para hacer derivar automáticamente de ese estado un atraco o un asesinato. Todos esos discursos que afirman que la pobreza y los estados de necesidad son la causa de acciones que se saldan con decenas de muertos tienen escaso valor probatorio. Los que llevan a cabo atentados tienen en muchas ocasiones sus necesidades cubiertas. Y los que no las tienen se suelen servir de otros medios para remediarlas. El papel que juega en esos casos la pobreza o el hambre es el de la justificación y la legitimación, pero no se debe confundir la justificación que legitima una acción con su causa. A veces la justificación de una acción es también su causa, pero a menudo no.

A quienes sostienen que sólo se podrá acabar con la guerra cuando se suprima el deseo de posesión hay que decirles que es muy cierto lo que dicen, pero que no basta con hacer a todo el mundo rico para acabar con la guerra, pues a menudo una posición económicamente desahogada, en vez de contribuir a limitar los deseos de posesión tiene el efecto de excitarlos.

8. La carga emotiva que se adhiere a ciertas ideas es lo que hace que éstas se vuelvan operativas, lleguen a ser explosivas y dañen, a veces irreversiblemente, las mentes que las albergan. La influencia de las ideas y de los afectos en la conducta y en la formación del carácter se observa también en escenarios más amplios. Cuando estallan revoluciones, se suele decir que han sido causadas por ciertas injusticias y otras lacras, pero, examinados no pocos casos, se comprueba que las injusticias no fueron los desencadenantes de la revolución, sino su justificación y hasta su camuflaje.

No quiere esto decir que en esas sociedades no hubiera injusticias que *mereciesen* una revolución, sino que no hay una relación causal entre injusticia y revolución, sino la combinación de estos otros factores: la difusión de estados emocionales relacionados con el odio, el rencor y la envidia, que mueven a los individuos a la acción agresiva; la facilidad con la que el grueso de la población, debido a ignorancia y falta de formación, está dispuesta a acoger esas campañas de sensibilización; y la pasividad o deficiencia intelectual de las élites que con sus análisis podrían amortiguar el efecto emocional.

En resumen, podríamos destacar como factor determinante de las grandes conmociones sociales el resentimiento, que se caracteriza por la reiteración con que un estado emocional de odio vuelve una y otra vez hasta apoderarse del sujeto y convertirlo en un títere de movimientos obsesivos. El resentimiento se caracteriza esencialmente por que el que lo padece *se ve a sí mismo mal porque ve al otro bien*, lo cual origina la envidia, que hace que el envidioso desee destruir al envidiado con la ilusoria idea de que así se verá y se construirá *bien* a sí mismo.

9. ¿Por qué solemos atribuir a una determinada cosa el título de causa de nuestras acciones? Porque esa atribución nos proporciona un sentimiento de autosatisfacción, de autoestima. Pensar que nuestras acciones son una lucha épica y heroica a favor de los indigentes, de los desfavorecidos, de los humillados, es tan lisonjero que a menudo ha bastado esa idea para cometer los mayores atropellos. Pero cuando se escarba un poco en la conciencia del que emprende la «lucha épica y heroica» se advierte que la causa de su acción no es tan lisonjera, y que se suele reducir a ciertas representaciones sobre el objeto y el sujeto de la acción, a las que se ha adherido, en el primer caso, una carga de odio y, en el segundo, una carga de exaltación.

De ahí que los demagogos pongan tanto empeño en

descubrir los resortes afectivos que conviene pulsar para llevar a la gente a donde desean. Saben que lo que influye en la toma de decisiones, sobre todo entre las personas ignorantes o débiles, es el pensamiento empapado de ciertas emociones. ¿Quiénes son peores, los que utilizan el resentimiento y el odio o los que manosean los buenos sentimientos? A mí, personalmente, me parecen peores estos últimos, pues me repugna más un lobo disfrazado de cordero que un lobo que se presenta tal cual es.

10. Cuando en el debate político se utilizan los bellos sentimientos, por ejemplo la solidaridad con los indigentes, el altruismo, el diálogo, etc., debemos examinar si la conducta de quien los utiliza y sus seguidores guarda coherencia con lo que dicen. Pues carece de valor predicar el diálogo si lo que busca el predicador es dialogar con cuantos puedan ayudarle a tapan la boca de sus enemigos. Si alguien predica ideas altruistas, pero no se *sacrifica* por ellas, es, simplemente, un farsante. ¿Qué valor tiene lamentarse de las miserias que atribulan al mundo si ese sentimiento no va acompañado del esfuerzo que se requiere para remediarlas? Sin ese requisito no debemos fiarnos de la exhibición de sentimientos de humanidad, justicia o altruismo, puesto que esa exhibición es sólo una herramienta de propaganda.

En la política, como en la vida, lo que importa es el discurso de los hechos. Las palabras han de confrontarse con los hechos si se quiere descubrir lo que verdaderamente significan.

11. Hay otra razón más para ponerse en guardia cuando un político utiliza las emociones como herramientas mediante las cuales conseguir sus fines. La emoción enturbia la inteligencia y se transforma fácilmente en mala voluntad hacia los que no la comparten. Si se utiliza para construir un Estado, ya nada estará garantizado. Viviremos bajo el impe-

rio del capricho. Y si, además, se construye el Estado a la medida de ciertas emociones, según pretenden los ideólogos del nacionalismo, es inexorable que se persiga a quienes no las compartan. Las emociones sólo valen cuando el cincel de la razón las transforma en buenos sentimientos.

Recordemos a propósito de esto una declaración que hizo el presidente del gobierno el 17 de junio de 2006. «El reconocimiento del sentimiento nacional en Cataluña es algo evidente», dijo. «Bien, ¿y qué?», se le podría replicar. «¿No es igualmente evidente, y grotesco, el sentimiento de alegría que seguramente tendrían, pongamos por caso, los murcianos si un catalán les regalase una casa y un coche? En gracia a tan respetable y legítimo sentimiento, ¿dejaríamos que los murcianos se quedasen con las casas y coches de los catalanes? La cuestión, señor presidente, no es si un sentimiento es evidente, sino si ciertos sentimientos deben ser aceptados como fundamento de un derecho político.»

A veces se tiene la impresión de que el presidente del gobierno de España, a pesar de su filiación socialista, da por bueno que, como en Cataluña el sentimiento nacional es según él evidente, el conjunto de España debe dejarse asaltar por el gobierno nacional-socialista que rige actualmente los destinos de esa región, y hasta consentir que miembros de ese gobierno ataquen a España cuando les venga en gana.

12. En ocasiones ciertos sentimientos sirven para camuflar otros en una especie de comedia de enredo en la que los actores acaban perdiendo la cabeza. Es lo que nota Josep Pla en el catalán que se afilia al extremismo. «En este país», dice, «hay una manera cómoda de llevar una vida suave, tranquila y regalada: consiste en afiliarse al extremismo». Y añade: «El catalán, genéricamente hablando, tiende al estado agradabilísimo de ser víctima». El nacionalismo catalán ha hecho de esa forma de ser un arte. Un arte deleznable, pues atribuye al otro la causa de los males pro-

pios, lo que alimenta la irresponsabilidad y el resentimiento.

Pero la reflexión de Pla se puede aplicar a grupos más amplios, ya que en todas partes tiene predicamento un estilo de vida que pasa por muy *moderno* y *avanzado* y que consiste en combinar comodidad y vanguardia, rutina y subversión. Con un talante tan acomodaticio, el individuo se vuelve incapaz de afrontar las situaciones difíciles; preferirá mirar hacia otro lado o persuadirse de que las cosas no son lo que son. El talante acomodaticio tiende a considerar todo con una *relatividad absoluta...*, así de contradictoria es esa idiosincrasia. Una idiosincrasia que está, por supuesto, muy lejos de la idea del Infierno con sus eternos suplicios, y del «hombre trágico» de la Grecia clásica o del Israel de los profetas. Lo suyo es el «hombre cómico», el comparsa.

13. No es raro que sociedades que pasan por maduras y cultas puedan llegar a admirar y seguir a líderes que no tardan en revelarse como sus verdugos. Los ejemplos son numerosos. Los más conocidos son la Rusia de los bolcheviques, la Francia del Terror, la Alemania de los nazis y, para situarnos en nuestro entorno, aunque la perspectiva sea más angosta, el País Vasco de los nacionalistas aranistas y los terroristas etarras. No deja de ser chocante que esos líderes-verdugos medren gracias a la sociedad que les proporciona las víctimas. ¿Cómo consiguen esa ventaja? Gracias a la combinación de tres ingredientes: *miedo*, *ideología* y *compra*. Con esas tres armas el verdugo compone un chantaje tan eficaz que la sociedad chantajeada ni siquiera se rebela, y hasta le parece normal que la víctima corra con los gastos de su inmolación.

14. El terrorista utiliza el miedo para conseguir el poder político, como el totalitario para conservarlo. De ahí que, cuando llega al poder, el terrorista establezca un régimen